

MERCEDES RON

AUTORA DE *CULPA MÍA*

DÍMELO  
CON



besos

Kamila Hamilton debe decidir entre los dos hermanos Di Bianco: Thiago o Taylor... Taylor o Thiago. Escoger a uno significa renunciar al otro, pero ¿cómo puede dejar atrás una parte de sí misma?

Thiago hace que toque el cielo con los dedos, Taylor sabe que jamás va a soltar su mano.

Pero cuando Kami cree que por fin su corazón ha decidido, la pesadilla más real está a punto de comenzar.

*¿Estarán Taylor y Thiago a la altura?*

*¿Podrá evitar Kami que el amor arrase con todo?*

*¿Qué sucederá cuando la vida decida por ellos una vez más?*

## Índice de contenido

Cubierta

Dímelo con besos

Dedicatoria

Prólogo. Kami

Primera parte

1. Kami

2. Taylor

3. Kami

4. Thiago

5. Kami

6. Taylor

7. Kami

8. Thiago

9. Kami

10. Taylor

11. Kami

12. Kami

13. Taylor

14. Thiago

15. Kami

16. Thiago

17. Kami

18. Taylor

19. Thiago

20. Kami

21. Taylor

22. Kami

23. Kami

Segunda parte: El descenso

- 24. Kami
- 25. Thiago
- 26. Kami
- 27. Thiago
- 28. Kami

Epílogo 1. Kami

Epílogo 2. Taylor

Agradecimientos

Sobre la autora

*A Joaquín, por estar a mi lado y quererme  
como soy. Nunca dejes de hacerme reír.  
Te quiero.*

## Prólogo

### KAMI

Nadie hubiese imaginado que eso ocurriría. Si me dejasen echar la vista atrás, a lo mejor hubiese podido ver las señales, las pistas que de alguna manera me había ido autoconvenciendo de no saber interpretar. No quería verlo... ¿Por miedo?

No lo sabía, pero sí sé que sentí algo extraño aquella mañana al entrar al instituto. No me preguntéis exactamente qué fue, pero podía olerse algo en el aire... Podéis llamarlo intuición, premonición..., no lo sé, pero cuando ocurrió, mi mente sintió alivio, no un alivio real, claro, pero sí la sensación de haberse quitado un peso de encima, de haber comprendido por fin ese extraño presentimiento que desde hacía semanas recorría mi cuerpo y mis pensamientos, alertándome de que algo iba a ocurrir, de que algo se estaba gestando en esos pasillos abarrotados de adolescentes, en esas clases donde las mentes funcionaban para alcanzar lo que la sociedad nos imponía desde que éramos capaces de hablar: «Estudia, aprueba los exámenes, entra en una buena universidad, pide una beca, estudia, endéudate hasta las cejas, estudia, trabaja, paga los préstamos, trabaja, cómprate una casa, un piso, o vive de alquiler, búscate a al-

guien que te soporte y que te quiera, ten hijos, ahorra para tus estudios, trabaja...».

Y así hasta el infinito.

Levanté la cabeza del examen final de física, igual que hicieron todos mis compañeros, y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

Inmediatamente después del primer estruendo, vino el segundo y luego un tercero.

Se hizo el silencio durante unos segundos infinitos y acto seguido oímos los gritos.

El profesor Dibet se puso lentamente de pie y yo tuve el impulso de hacer lo mismo. De levantarme y correr, pero ningún músculo de mi cuerpo reaccionó, así como tampoco lo hicieron los de mis compañeros.

—Que alguien llame al 911 —dijo lentamente acercándose a la puerta de la clase.

Nadie se movió.

—¿A qué estáis esperando? —nos apremió, y por fin a mi alrededor los alumnos empezaron a moverse.

Abrí la boca con voz temblorosa.

—Nadie tiene los teléfonos, profesor...

La mirada del profesor Dibet se clavó en la mía y vi el miedo cruzar sus facciones.

Solté un grito cuando se oyó el estruendo del siguiente disparo, esta vez mucho más cerca.

—¡Todos debajo de los pupitres! —ordenó el profesor—. ¡Ahora!

Obedecimos sin decir nada, aunque los llantos no tardaron en llegar a mis oídos.

Miré hacia mi izquierda.

Kate parecía totalmente aterrorizada, su cuerpo temblaba y se abrazaba a sí misma con fuerza.

Me hubiese gustado poder decirle algo, poder acercarme y rodearla con mis brazos, sentir el abrazo de quien fue mi amiga desde la infancia... aunque ya no nos hablaba-

mos, todo lo que había pasado entre nosotras no tenía importancia en ese momento.

Cuando escuché el susurro que salía de sus labios, no fui capaz de encontrarle una explicación lógica a sus palabras:

—Esto es culpa mía, es culpa mía.

Cerré los ojos con fuerza cuando el siguiente disparo llegó a oídos de todos. Me tapé automáticamente las orejas con las manos y empecé a rezar en silencio.

Thiago.

Taylor.

Oh, Dios mío... Cameron...

Así empezó la pesadilla..., pero mejor comenzar desde el principio.

## PRIMERA PARTE

## 1

## KAMI

Nadie tenía ni la menor idea de dónde estaba Julian. Había pasado ya una semana desde que Thiago había viajado a Nueva York para descubrir que el acosador del instituto, el que había estado manipulando a todos y alejando y poniendo a la gente en mi contra, había sido Julian Murphy, alias Jules. El mismo que la noche que viajamos a Falls Church me había invitado a ver una película en su habitación para drogarme y grabar un vídeo mío desnuda y subirlo a las redes para que todos lo vieran. El mismo que había estado metiendo mierda entre una de mis mejores amigas y yo, el mismo que había subido fotos privadas a mi propio Instagram después de chantajear a mi hermano pequeño para que entrara en mi habitación a robarme... El mismo que se había hecho pasar por gay para llegar hasta mí, el mismo que había jurado ser mi amigo.

Dejé de apretar el lápiz contra el folio y pasé el dedo por encima del agujero que acababa de hacerle a mi dibujo debido a la fuerza con la que sin darme cuenta había estado presionando el papel.

No era nada del otro mundo, garabatos sin sentido, pero que, si los mirabas con perspectiva, te podían llegar a

poner los pelos de punta. Nada que no fuese lúgubre salía últimamente de aquellos lápices, algo que ya era de esperar.

¿Podía ir a peor ese maldito curso?

No lo creía..., no podía tener tan mala suerte.

Lo que había estado pasando en el instituto me tenía tan distraída que las últimas semanas ni siquiera había pensado en el divorcio de mis padres. Mi madre estaba irreconocible, inestable por todo lo sucedido, por enterarse de que a sus dos hijos les hacían *bullying* en el colegio, harta de que su propia madre, mi abuela, le dijese que no tenía ni la menor idea de cómo criarnos, cansada y preocupada al ver que la paga que mi padre nos enviaba no le bastaba para mantener su alto nivel de vida, al que poco a poco iba a tener que ir desacostumbrándose.

Al menos ahora parecía un poco más humana, no tan Barbie y no tan estúpida y llena de superficialidades. Ya no tenía tiempo para eso, no desde que era ella la que ahora debía llevar la casa, llevarnos y recogernos del colegio, hacernos de comer, encargarse de mi hermano pequeño...

El día anterior me acompañó a la comisaría a poner una denuncia oficial contra Julian por acoso, abuso sexual y difamación por medio de un vídeo privado. No lo había tenido claro, no sabía si me veía capaz de enfrentarme a algo así, de ir a juicio contra alguien a quien hasta hacía poco había considerado mi amigo. No quería volver a verle la cara, no podía, pero mi madre y mi abuela habían insistido, habían insistido muchísimo; aun así, los que finalmente me convencieron de hacerlo fueron los hermanos Di Bianco.

¿Qué tenían aquellos dos chicos para entrar en mi cabeza y arrasar con todo? ¿Qué tenían para que su opinión, su concepto de mí, fuera tan importante como para borrar el miedo y conseguir en una simple conversación que hiciera lo que ellos y mi familia querían que hiciese?

No me había olvidado de ese último momento que había compartido con Thiago en su coche el día que se des-

cubrió la verdad y Julian se llevó la paliza del siglo. No podía quitarme de la cabeza sus ojos verdes mirándome profundamente y queriendo llegar a mi subconsciente para dejar allí el mensaje que lo cambiaba todo.

Me quería.

Thiago me quería, y ni siquiera sabía cómo había pasado.

No habíamos vuelto a quedarnos a solas desde entonces. Taylor no se apartaba de mí ni un momento y Thiago estaba más distante que nunca. Solo se me había acercado para convencerme de que denunciara a Julian. Nos había estado escuchando desde su habitación, supongo, porque irrumpió en el cuarto de Taylor y con voz tajante me advirtió de que, si no lo denunciaba, lo único que estaba haciendo era poner en peligro a cientos de chicas que, como yo, podían llegar a cruzarse en el camino de ese mentiroso compulsivo y manipulador.

Solo me bastó un cruce de miradas para saber que tenía razón, joder, que tenía toda la razón del mundo. Así que fui a la comisaría y lo denuncié.

Lo que ocurrió después aún me atormenta por las noches.

Fueron en su busca, iban a arrestarlo, pero cuando llegaron a su casa vieron que no estaba. Sus padres no tenían idea de su paradero y, cuando los policías les preguntaron cuándo había sido la última vez que lo habían visto, afirmaron que había sido aquella misma mañana y que les dijo que se iba a estudiar a la biblioteca.

Desde eso ya había pasado una semana.

Julian estaba en paradero desconocido, se había esfumado sin importarle dejar a plena vista de todos, o de cualquiera que entrase en su habitación, los cientos de fotos que había estado haciendo de todos los alumnos. Tenía contenido audiovisual y fotográfico de todos los miembros del equipo de baloncesto y de todas las animadoras..., pero de la que más había era de mí.

Centenares de fotos, de vídeos, fotos mías privadas, fotos incluso de niña, que a saber de dónde las habría sacado. ¿Tanto tiempo había estado espiándome, siguiéndome...?

Julian era un psicópata. Un psicópata obsesionado conmigo.

Había intentado acercarme a Kate, él era su hermano, debía de saber algo, pero mi ex mejor amiga se había negado a querer hablar conmigo. Ellie me había contado que había dejado el equipo de las animadoras y que desde lo que había pasado con Julian apenas le habían visto el pelo.

Yo me fijé en ella los últimos días antes de aquel fin de semana. No estaba bien y supuse que haber descubierto que su hermano era un maldito acosador no debió de ser nada fácil para ella. No es que Julian y Kate se llevaran estupendamente bien, de hecho, apenas se tragaban, pero a fin de cuentas era su hermano.

Taylor había conseguido escaparse del castigo infligido a todos los alumnos que dieron una paliza a Julian siete días atrás porque consiguió escabullirse entre la multitud, pero muchos otros habían sido expulsados del colegio durante un mes, Dani incluido. Hubiese dado lo que fuera para que Taylor hubiese sido expulsado con el resto de los alumnos. Todos los actos tienen su consecuencia.

Pero no fue así.

Cerré mi bloc de dibujo y lo guardé en el cajón de mi escritorio. Como siempre, mis ojos se clavaron en la casa de enfrente, en esa ventana donde normalmente dormía el causante de mis mejores sueños, pero también de mis peores pesadillas.

No había vuelto a estar sola con Thiago desde aquel día en su coche, cuando me confesó que me quería, y desde ese día todas las células de mi cuerpo ansiaban volver a compartir un momento a su lado. ¿Habéis sentido alguna vez esa sensación de dolor, esa sensación de necesitar el contacto físico con alguien? ¿Como si vuestro cuerpo nece-

sitara de ese calor en especial para poder avanzar y recuperar su vitalidad? Así me sentía yo.

Cuando iba a ver a Taylor y cruzábamos el salón para llegar a la escalera que nos conduciría a la planta de arriba, Thiago estaba allí, tumbado en el sofá mirando la tele, o dormido boca abajo y con la cara apoyada en el antebrazo... Cuando a veces pasaba por el rellano y miraba hacia la derecha, a su habitación, ahí estaba él leyendo un libro, o sentado frente a su ordenador, o, Dios no lo quisiera, haciendo flexiones sin camiseta y con la música a todo volumen.

Me moría.

Me moría todas y cada una de las veces que pasaba a su lado y no podía comérmelo a besos.

Intercambiábamos miradas, eso no os lo voy a negar. Nuestros ojos se buscaban como un sediento puede buscar agua en el desierto, nos faltaba un chute del otro para poder seguir, y eso me daba miedo, mucho miedo.

Taylor estaba muy pendiente de mí, muy atento, me tenía sobreprotegida y temía que Julian apareciese para hacerme daño. La relación entre él y su hermano se había vuelto más fría de lo normal, apenas intercambiaban más de una frase en mi presencia, y Taylor parecía querer evitar cualquier momento en compañía de Thiago, especialmente si estaba yo con ellos.

Eso complicaba aún más las cosas, porque apenas podía verlo, apenas podía calmar mi angustia por saber cómo estaba, de querer que mi corazón se viera anestesiado, aunque fuese por un rato, de lo mucho que lo echaba de menos.

Pero al menos nos quedaba la ventana.

Él, al contrario que antes, dejaba las cortinas completamente abiertas para que pudiera verlo cuando quisiera. Y yo, como respuesta a su gesto, hacía lo mismo. Nuestras ventanas eran de esas grandes, de las que llegaban hasta al suelo y por las que entraba muchísima luz. ¿Creéis normal

que hubiese cambiado de lugar mi cama para que cuando me iba a dormir mis ojos pudiesen ver a través de los cristales a Thiago haciendo lo mismo?

Estaba perdiendo la cabeza, lo sé, pero lo necesitaba. Así de simple.

El lunes se presentó lluvioso y con fuertes ventiscas. Cuando me levanté a las siete y media y miré hacia fuera, sentí un escalofrío de esos que te animan a quedarte metida en la cama. Es difícil dejar las sábanas calentitas y el refugio de la habitación sabiendo que te espera una larga jornada de estudios, presentación de trabajos..., y todo ello aderezado con la humedad de un día lluvioso, pero no quedaba otra.

Había que intentar volver a la normalidad.

Mis «amigas» —las pongo entre comillas porque aún dudaba de la autenticidad de su amistad— habían vuelto a dirigirme la palabra. En el fondo tenía el presentimiento de que lo hacían porque por culpa de Julian yo me había vuelto a convertir en la comidilla del instituto y ellas, al igual que el resto, deseaban enterarse de primera mano de todo lo que él me había hecho.

Era cierto que la realidad había llegado a distorsionarse hasta el extremo que muchos afirmaban que habían visto a Julian escondido en el bosque que había detrás del jardín trasero de mi casa, o caminando por el pueblo a altas horas de la noche con un rifle en la mano. Incluso había algunos idiotas que aseguraban que Julian había conseguido disfrazarse y seguía acudiendo al instituto de incógnito.

Lo dicho: ridiculeces.

Sin embargo, la gente estaba nerviosa, ansiosa, temí que fuese capaz de desvelar secretos de otros estudiantes, que fuese capaz de arruinar reputaciones, vidas... o desvelar secretos inconfesables.